

Jazz entre líneas

S.B. en Nueva York

Antonio Muñoz Molina

Algunas veces pienso en él y me pregunto qué haría si estuviera en mi lugar, si viera las cosas que yo veo y escuchara la música que yo oigo, si la tocara él. Soy, en cierto modo, su padre, aunque parece ser dos o tres años mayor que yo, y en vez de tenerle gratitud por todo lo que ha hecho por mí le tengo envidia. No me faltan razones: es un excelente pianista de jazz, usa camisas y corbatas negras y le sientan de maravilla los abrigos de segunda mano que se compra quién sabe dónde, y aunque en los últimos tiempos no he sabido nada de él imagino que seguirá viviendo a su aire, y que no habrá perdido el alivio y la serenidad que alcanzó hacia finales de 1985, en Madrid. El tipo vive con el desahogo de esos monarcas haraganes que agradecen en secreto el exilio. No pasa más de seis meses seguidos en la misma ciudad, y ni siquiera en el mismo país, y no da cuenta de sus actos a nadie. Supongo que no seguirá bebiendo tanto como entonces: una noche, por imitarlo, ingerí menos de la mitad del bourbon que él solía beber en aquel club de San Sebastián donde era punto fijo y al día siguiente desperté con la resaca más cabezona de mi vida. Otras veces me indigna su devoción por las mentiras más degradadas del cine, pero quiero creer que se habrá ido librando de ellas, y que la célebre despedida en tonos grises de **Casablanca** le dará náuseas, aunque sólo sea por el tiempo que pasó deseando imitarla junto a aquella novia tan premeditadamente enigmática que tenía.

En los últimos meses me he acordado de él sobre todo dos veces: he querido que estuviera donde yo estaba, he sospechado que había estado antes que yo. Una vez fue en Madrid, a finales de mayo, en el café Clamores, a donde me llevó Javier de Cambra para escuchar a Johnny Griffin, a Lou Bennett y a un catedrático implacable de la batería de cuyo nombre no me acuerdo, aunque sí de su risa de felicidad y de su pelambre de rastafari. Desde que en 1985 escuché en Granada a un poseso Elvin Jones que parecía viajar al corazón de las tinieblas mientras golpeaba solitariamente los tambores no me

había arrebatado tanto un concierto. En medio de la jovialidad torrencial de un "Night in Tunisia" sobre cuyas notas cabalgaba Griffin como sobre un caballo arrojado al galope, el saxo hizo un quiebro y durante uno o dos segundos oímos una ráfaga de "The song is you". Cambra y yo nos miramos con los ojos encendidos y casi nos dimos un abrazo, y entonces yo me acordé del otro, el que faltaba, y supe que si hubiera estado allí y atrapado ese rastro de Parker habría recobrado de golpe toda la inocencia, la temura, el orgullo y la desgracia de un amor que para él se cifró siempre en esa rápida balada y en los primeros compases de "All the things you are". Después del concierto nos acercamos a saludar a Lou y a Johnny Griffin, y cuando le dije a éste cuánto me había conmovido su música y qué pocos maestros quedaban ya como él, me contestó: "Bueno, procuro hacer bien mi trabajo". Por cosas así prefiere uno los jazzmen a los literatos.

Justo un mes antes, no en Madrid, sino en Nueva York, había sentido con igual precisión la cercanía esquiva de mi amigo el pianista. A diferencia de la mayor parte de los españoles, yo había pasado toda mi vida sin ir a Nueva York, y era incapaz de hablar con la debida familiaridad de las Gemelas, de los bares del Soho, del lobby del MOMA y de los sex-shops de la calle 42, ignorancia agravada hasta el delito por mi contumaz desinterés hacia esas luminarias de la nueva narrativa norteamericana que tienen tanto éxito en las crónicas de sociedad y en los suplementos literarios españoles. Antes de viajar anoté escrupulosamente los nombres de los bares de moda que me recomendaban, a fin de eludirlos sin peligro de error. Como muy bien advierten los periódicos, la noche se ha vuelto sumamente peligrosa en estos tiempos, y poco que se descuide, uno puede verse atrapado durante varias horas en un local de diseño.

Hubo suerte, o fue que las sombras de los jazzmen muertos me guiaron por aquel reino que les pertenece. El lugar se llamaba Arthur's Tavern, y en la puerta había fotos de músicos clavadas con chinchetas. El interior

era estrecho y alargado, con una barra de madera que ofrecía un anclaje excelente a los codos de los bebedores. Al fondo estaba la tarima para los músicos, un espacio mínimo rodeado por otra barra aún más prometedora. Uno tomaba su copa y al otro lado del mostrador, en vez de un camarero, había un pianista negro que exhibía el peluquín más admirable del mundo, un peluquín reluciente y sintético, rígido, como cardado, con raya a la derecha y un rizo tieso en el cogote. El baterista, blanco, andaba por los setenta años, y tenía los hombros tan caídos como el labio inferior. La batería era tan sucinta que la abarcaba entera entre sus piernas: movía los palillos sobre el tambor como si lo que tenía delante fuera una marmita en la que se cocía despacio un guiso sustancioso y modesto. Mirándole la cara se habría dicho que tocaba con desgana. Pero bastaba oírlo unos segundos o mirar sus manos para comprobar que tocaba con una sabiduría tan antigua, tan instintiva y arraigada que ya era independiente de su razón y su voluntad. Cuando yo entré estaban tocando "How high the moon" y había un taburete libre justo enfrente del pianista. Algunas veces, no muchas, la vida tiene esa clase de detalles con uno. El pianista tocaba con una delicada fluidez que me recordó a Red Garland y cantaba con una voz casi femenina de tan modulada. Terminó "How high the moon" con una especie de maullido a lo Billie Holiday, soltó una carcajada al oír los aplausos, bebió un trago de su copa y encendió un cigarrillo bajo en nicotina que unos segundos después ya estaba olvidado en un cenicero lleno de colillas. A mi alrededor, los bebedores le pedían canciones. Entonces él —fue uno de los momentos culminantes de mi vida— se me quedó mirando y me preguntó cuál quería oír. Instantáneamente pensé en la que el otro, el que parecía estar invisible a mi lado o haberse ido unos minutos antes de que llegara yo, y dije: "As long as I live". El pianista sonrió y antes de posar las manos en el teclado se corrigió ligeramente la posición del peluquín. "Me suena", dijo, y aventuró como al azar unas notas, como si le costara trabajo recordar la canción. Mientras tocaba, con una desenvoltura en la que la parodia y el juego acentuaban la pura emoción de aquella música que pertenecía a su juventud, yo sentí que la felicidad que me iba ganando no era del todo mía, que ese tiempo tan nítido y ese cálido lugar extranjero no correspondían exactamente a la realidad ni a mi

propia vida, sino a una página nunca escrita de un libro concluido hace años, a la biografía y a los sentimientos de un huraño pianista de jazz que ahora sigue viviendo en las imaginaciones de otros aventuras que yo llegaré a conocer, y que probablemente, más de una noche, se ha sentado en un taburete de la Arthur's Tavern para aprender codiciosamente del viejo pianista negro y admirar las volutas inmutables de su peluquín.